

ANIMACIÓN BÍBLICA DE LA PASTORAL

Arquidiócesis de Yucatán

EVANGELIO DEL DÍA

JUEVES XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

10 de septiembre de 2020



SAN LUCAS: 6, 27-38

En aquel tiempo, ²⁷Jesús dijo a sus discípulos: “Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los aborrecen, ²⁸bendigan a quienes los maldicen y oren por quienes los difaman. ²⁹Al que te golpee en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite el manto, déjalo llevarse también la túnica. ³⁰Al que te pida, dale; y al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames.

³¹Traten a los demás como quieran que los traten a ustedes; ³²porque si aman sólo a los que los aman, ¿qué hacen de extraordinario? También los pecadores aman a quienes los aman. ³³Si hacen el bien sólo a los que les hacen el bien, ¿qué tiene de extraordinario? Lo mismo hacen los pecadores. ³⁴Si prestan solamente cuando esperan cobrar, ¿qué hacen de extraordinario? También los pecadores prestan a otros pecadores, con la intención de cobrárselo después.

³⁵Ustedes, en cambio, amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar recompensa. Así tendrán un gran premio y serán hijos del Altísimo, porque él es bueno hasta con los malos y los ingratos. ³⁶Sean misericordiosos, como su Padre es misericordioso.

³⁷No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados. ³⁸Den y se les dará: recibirán una medida buena, bien sacudida, apretada y rebosante en los pliegues de su túnica. Porque con la misma medida con que midan, serán medidos”.

PAUTAS PARA TU REFLEXIÓN

I. ¿QUÉ DICE EL TEXTO?

Si las bienaventuranzas que escuchamos ayer nos parecieron sorprendentes, no lo son menos las exhortaciones de Jesús que nos ofrece la liturgia de hoy: “Amen a sus enemigos” (v. 27a), y una lista de propuestas exigentes que parecen desarrollar de manera particular la cuarta bienaventuranza (“Dichosos serán ustedes cuando los hombres los aborrezcan y los expulsen de entre ellos”). Para quien no ha tenido la experiencia del amor de Dios esta es una invitación a caminar cuesta arriba.

En el centro aparece la “regla de oro”, que otros textos han formulado en términos negativos (Tob 4, 15), pero Jesús la propone de manera positiva: “Traten a los demás como quieran que los traten a ustedes (v. 31). Y después, con una pedagogía muy inteligente, contrasta las exigencias éticas del discípulo con los criterios que rigen la vida de quienes están lejos de Dios: “si aman sólo a los que los aman, ¿qué hacen de extraordinario? ... Si hacen el bien sólo a los que les hacen el bien, ¿qué tiene de extraordinario? ... Si prestan solamente cuando esperan cobrar, ¿qué hacen de extraordinario?” (vv. 32-34). Mateo tomaba como comparación a “los publicanos y a los paganos” (Mt 5, 46-47). Lucas, en cambio, quizá para no herir a sus lectores de origen pagano o

publicano, traduce las palabras de Jesús: “Lo mismo hacen los pecadores” (vv. 32.33.34).

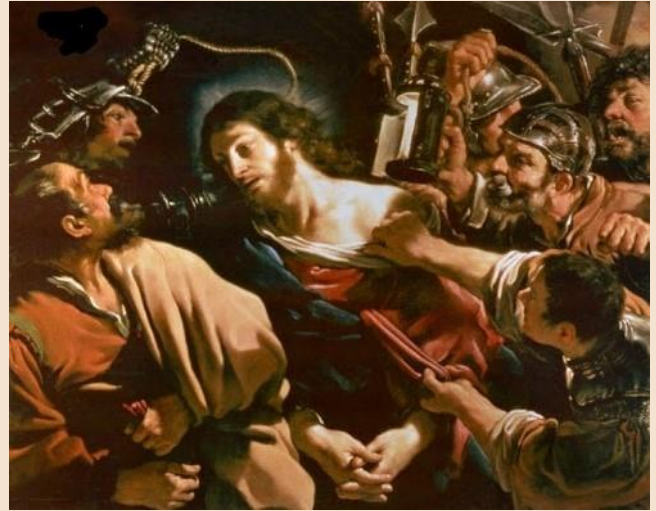
En la Biblia, amar significa hacer el bien. En el Antiguo Testamento se mandaba hacer el bien a los buenos (Eclo 12, 1-7) y se pedía castigos contra los enemigos (Sal 69, 23-29). Jesús, en cambio, enseña que los discípulos deben hacer el bien a todos, incluso a sus enemigos, a imitación del Padre Misericordioso, que “es bueno hasta con los malos y los ingratos” (vv. 35-36).

En el último párrafo Jesús emplea cuatro verbos en imperativo para enseñar la conducta que debe caracterizar a sus discípulos, con la promesa de que Dios la devolverá multiplicada: “No juzguen... no condenen... perdonen... den” (vv. 37-38). Al discípulo no le corresponde erigirse como juez de otros, sino ofrecer el perdón con generosidad. Su modelo es Jesús, que no vino a condenar sino a salvar (Jn 3, 17), y que pide perdonar para ser perdonados (Mt 6, 14-15).

Indudablemente una propiedad fundamental del amor cristiano es su universalidad. No podemos vivirlo en plenitud si lo confundimos con los vínculos surgidos de la sangre, la raza, nación o religión. El cristiano está llamado a vivir ese amor sin límites, imitando la misericordia del Padre celestial. Pero este es un modelo que queda siempre demasiado lejos y ante él todos seguimos siendo discípulos, es decir, siempre estaremos en camino hacia el ideal que nos propone incesantemente el Señor.

II. ¿QUÉ ME DICE EL TEXTO?

1. ¿Tengo claro que la propuesta de Jesús es una nueva forma de vida y no sólo doctrina?
2. ¿Cuáles son los límites de mi capacidad de amar?
3. ¿Puedo hacer un ejercicio práctico de revisar cómo vivo cada una de las exhortaciones de Jesús en este texto?
4. ¿A qué me invita hoy el Señor?



III. ¿QUÉ ME HACE DECIR A DIOS EL TEXTO?

“Señor tú conoces mi debilidad y la dureza de mi corazón. Ten compasión de mí y dame la capacidad de ser compasivo y misericordioso con aquellos que me agravian, así como tú lo eres conmigo... Señor Jesús, enséñame a perdonar. Amén”. (cristonautas.org)

P.J.E.L.

